

Número corriente, 5 cts.—Atrasado, 10.—Un mes, 25 cts.



## SUSCRIPCIÓN

Madrid: un mes..... 25 céntimos.  
 — trimestre..... 70 »  
 Provincias: trimestre..... 1 peseta.  
 — semestre..... 1,90 »  
 Anuncios á precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PALMA ALTA, 41 Y 43, PRINCIPAL

Horas de oficina: de nueve mañana á diez noche

## CORRESPONDENCIA

Se dirigirá al Administrador de este periódico,

D. VICENTE GUILLÉN Y GARCÍA

Pagos anticipados, en libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.

## SOMBRERO EN MANO

Al ingresar en las filas del periodismo, cumpíenos dirigir nuestro mas afectuoso saludo á la Prensa, á los porteros de ambos sexos de la villa del Oso y el Madroño, de quienes nos hemos de ocupar con preferencia, y al publico en general.

De los cuales esperamos su benevolencia y apoyo.

## NUESTRO PENSAMIENTO

Está explicado en pocas líneas:

LA PORTERÍA no se ha de ocupar de política ni de religiones.

LA PORTERÍA, en su fondo, en su parte esencial, se consagrará á la defensa y mejoramiento de todos los porteros, desde los de librea y uniforme, hasta los que pudiéramos llamar de cuarto orden.

LA PORTERÍA, además de lo antedicho, dará al público lectura amena é instructiva, que sirva de provechosa enseñanza, y alegre, festiva, humorística.

LA PORTERÍA destinará parte de sus columnas para los suscriptores que deseen honrar éstas con sus escritos, ya demandando ellos por sí apoyo de las Autoridades ó bien como mero entretenimiento, que insertaremos con sumo gusto, previo examen de esta Redacción.

Finalmente:

LA PORTERÍA ha de introducir todas aquellas mejoras á que sean acreedores nuestros abonados y el público.

## HABLEMOS CLARO

No es el interés el que nos induce á dar á luz este semanario. Conste.

Aconsejados por varios porteros, á cuya clase tiene la honra de pertenecer uno de nuestros compañeros de Redacción, que firmará sus escritos con el seudónimo *El Portero Mayor*, y convencidos de la necesidad de crear un periódico de esta índole, que llene cumplidamente las aspiraciones de esta honrada masa, digna por todos conceptos de la estimación y el aprecio de las demás clases de la sociedad, nos lanzamos á la calle; mejor dicho, nos introducimos, como en nuestra propia casa, en todas las porterías, chicas y grandes, haciendo un llamamiento general, que esperamos será atendido en bien de esta clase; abrigando la seguridad de que no habrá un solo portero en Madrid que, comprendiendo las ventajas que le ha de reportar

esta publicación, tan extraordinariamente económica, dada su trascendencia, haga caso omiso de ella, desoyendo con esto nuestro más desinteresado consejo, que sólo tiende al mejoramiento moral y material de estos fieles y honrados guardianes.

\* \*

No prometemos desde las columnas de este periódico hacer gala de grandes conocimientos literarios, porque entendemos que la literatura, propiamente dicha, está algo distanciada de nuestros alcances.

Por consiguiente, no debemos ofrecer lo que quizá no pudiéramos cumplir.

Con arreglo á nuestros modestos conocimientos en el arte de escribir, expondremos aquellas teorías que nos sugiera nuestro criterio, basadas, por supuesto, en la legalidad y en la razón; y nunca se inclinará nuestra pluma hacia el lado del fuerte, dejando indefenso al débil, siempre que en justicia sea acreedor á ello.

Lo que sí juramos es firmeza en nuestros propósitos de llevar á cabo el plan que nos hemos trazado, si á ello coadyuvan de manera positiva todos los que ejercen la comprometida función de porteros.

\* \*

Un periódico de las condiciones de LA PORTERÍA es casi tan indispensable como el oxígeno que aspiramos para la vida, como el alimento, que engendra nuestras fuerzas y vigoriza y robustece nuestros miembros, puesto que desde sus columnas, y si preciso fuera desde los Tribunales, hemos de defender los frecuentes abusos que se cometen con los susodichos porteros.

Entiéndase bien: que esta carga que nos echamos sobre los hombros la hemos de sobrellevar solamente en beneficio de aquellos nuestros suscriptores.

La Redacción y Administración, será, al propio tiempo, centro de altas y bajas de todas las porterías de Madrid, á fin de mejorar las condiciones, cuando haya lugar, de nuestros suscriptores.

\* \*

Manifestada nuestra espontánea y franca manera de ser y pensar, sólo nos resta felicitar á los que nos han iluminado con la idea de engendrar LA PORTERÍA, de que tan necesitada estaba la clase á que la destinamos, y que ponemos al alcance de todas las fortunas, pues que solamente cuesta 25 céntimos al mes.

Es, de las publicaciones de esta índole, la más económica, por su abundante y variada lectura, y su gran tamaño.

Servirá de libro de consultas útiles para el portero y el público en general.

Cuenta con notables colaboradores, como podrá apreciarse por sus atículos.

Y dará extraordinarios cuando las circunstancias lo requieran, que serán gratis para nuestros abonados.

Como resumen, diremos que todos los individuos que colaboran en LA PORTERÍA tienen su ocupación fuera de este periódico con que poder subvenir ó atender

á las necesidades de la vida. Por consiguiente, no van guiados de otros propósitos que los ya expuestos. Todo por y para el portero.

## LA REDACCION

## ¿QUÉ ES UN PORTERO? (1)

La escoria de la sociedad, para algunos; para muchos, un maniquí, con el que se juega y se le zarandeá á capricho, y para los restantes, un sér afeminado, pusilánime; un semihombre, en una palabra, que no tiene opción á los derechos que los demás seres del planeta en que vivimos.

«¡Bah! Un portero—suele decirse—es la última palabra del Credo.»

Este es el concepto que se tiene formado del portero.

Concepto erróneo, equivocado, del que protesto desde estas columnas con toda la fuerza de mis pulmones, para que se me oiga, y en castellano puro y castizo, para que se me entienda.

Porque, digo yo: ¿cuál es la virtud más sobresaliente? ¿cuál la prenda que más ha de adornar su traje, metafóricamente hablando? ¿cuál la principal nota de aprobado para ingresar en la carrera á que aspira?

La honradez.

*Sine qua non.*

Es decir: sin esta condición, queda inutilizado para este servicio.

Ahora bien: detengámonos á reflexionar, siquiera sea un momento, sobre este punto.

Una persona que carezca de este don sinigual, no debe ser digna del aprecio y estimación de los demás; se la debe considerar como un sér abyecto, despreciable. Muy en su lugar.

Pero la que ostenta en su pecho el emblema de la honradez, y puede, orgullosa y satisfecha, caminar con la frente erguida, ésta, entiendo debe ser acreedora á la consideración, al afecto y hasta al elogio de toda la sociedad.

Siendo esto así, ¿por qué existir ese antagonismo, esa indiferencia y hasta el desprecio de todos hacia esos beneméritos porteros, dignos de ser mirados cual se merecen?

Yo, que entiendo que las funciones del portero encierran algo más de lo que á primera vista parece, puesto que asumen una responsabilidad personal, harto más gravísima que la pecuniaria, creo estar dentro de lo equitativo y de lo justo y racional al abogar por éste.

Me explicaré.

\* \*

¿Qué es un portero? pregunto al encabezar este artículo, y contesto:

Un portero es el fidelísimo guarda de los intereses del propietario y de los de todos los vecinos, puesto

(1) Se sobreentiende que hago referencia á los dos sexos.



que á su custodia están la finca del primero y el ajuar ó ajuar, buenos ó medianos, de los segundos.

A la vez (porque de estos casos pueden citarse muchos), es administrador encargado de la cobranza de los alquileres que devengan aquéllos.

Un portero es todo un ministro de Estado en pequeño. Tiene que emplear más diplomacia que el mismísimo Sr. Moret.

Las quejas, las murmuraciones de unos contra otros vecinos, las recibe aparentando asentir á cuanto se le comunica, pero sin afectar el menor asomo de mala voluntad hacia ninguno.

Por regla general, el portero es el depósito de todo lo que se sabe y aun de lo que se argumenta. Todo se le cuenta al portero; pero él, prudente, lo guarda todo.

¡De cuántos secretos es poseedor, y no dice «esta boca es mía»!

Sin embargo de reunir estas buenas cualidades, se le estima medianamente, se le considera mal y se le trata peor.

A todo esto hay que agregar los cuchitriles en que habitan muchos de éstos; si, cuchitriles, y malsanos por lo reducidos, húmedos, lóbregos, etc., etc., sobre cuyo punto he de ocuparme en números sucesivos.

Item más: Por si lo sumado no arroja la cantidad apetecida, añadiré otro guarismo, que juega principal papel en esta mi cuenta.

Nadie debe ignorar lo comprometida que es la misión del portero, por la responsabilidad criminal que le sobrepone á cualquier incidente que encierra alguna gravedad.

Todos hemos leído en la prensa diaria la noticia siguiente, concebida en estos ó parecidos términos:

«En la calle Tal, número tantos, piso cual, se ha cometido un crimen ó un robo de tal cual magnitud.

»El Juez del distrito, Sr. Fulano, como primera providencia, ha decretado la prisión de los porteros de la citada casa.»

Y van á la cárcel, y los tienen en ella cuatro, seis, quince días ó un mes, hasta que capturan al delincuente, se depuran los hechos y se prueba, de manera que no dé lugar á dudas, la inculpabilidad de los porteros.

¿Quién indemniza á éstos de los disgustos, sufrimientos y pérdidas ocasionadas por tal medida? ¿Quién los defiende?

Asunto es este que ha de ocupar en su día algunas columnas de LA PORTERÍA, si este cura no pierde la razón, ó si, por desgracia, lo que no espero, tuviera que desistir de mi empeño, por falta de ayuda de mis compañeros todos los porteros de Madrid.

Lo dicho hasta aquí es solamente una pequeña introducción ó sinfonia del larguísimo concierto que he de ejecutar.

Tiene la partitura muchos bemoles.

Pero con esto, por hoy, creo que baste para que se vaya formando otro juicio muy distinto con respecto á lo que vale, es y representa un portero.

Sólo me resta manifestaros la fe ardiente que siento por LA PORTERÍA, de la que esperamos todos muchos beneficios.

Se despide hasta el número próximo vuestro afectísimo compañero,

El Portero Mayor.

## EFFECTOS DE LOS CAMBIOS

### EN UN CORREDOR

—¿Qué madrugadora está usted hoy, *señá Cotilde*.

—¿Qué quiere usted, *Duviges*, con esto de los cambios, tiene una que *espavilar* los sentidos á buena hora.

—Por eso es malo tener. Yo hace lo menos tres meses que no *cambeo* una peseta.

—¡Pero qué peseta ni qué ocho cuartos! No me ha entendido usted.

—¡Ah! Yo creía...

—Bien se conoce que no está usted enterada de los asuntos de política. Son los cambios que hace el Gobierno á todas horas.

—Pues anoche me leyó el *Heraldo* Prudencio, y no decía nada de eso de *cambeo* á Sagasta por otro; sino que había tenido una reunión en el Gobierno con los Ministros, y que estaba mejor, y que ahora *come más*.

—¡Ay que *señá Duviges* de mis pecados! No sé cuándo se va usted á *dislustrar* un poco *pa* que entienda bien

el castellano. No es que se *cambee* el Gobierno; son los cambios de casa que tiene que hacer á la fuerza.

—Vaya, pues al Gobierno, aunque no pague, no creo yo que pueda el casero echarle de casa, porque *pa* eso manda, y el que manda, manda, y...

—Calle usted, por Dios, no diga *disloqueces*, *señá Duviges*. Sigue usted sin entender el castellano, y yo se lo voy á *disfrazar* por lo claro. ¿No le ha dicho á usted mil veces el tendero que la subida del *azaite*, del *pimentón*, del queso manchego y otras frioleras que vienen del extranjero, es *infundada* en los cambios?

—Sí.

—Pues ahí está: esa es la madre del cordero.

—Ya; pero como yo no entiendo esas cosas de *mo-ral* ó *políticas*, que es lo mismo, hija mía, estoy *ascu-rras* de ese lío de cambios que usted dice.

—Pues bien: yo la *cercenaré* á usted de esto. Los cambios son, pongo por caso, que antes estaba el Ministerio de Fomento en la calle de Atocha, y han tenido que mudar los trastos allá abajo... junto al *Con-servatorio de Nolesón*, cerca de la *brasilica* vieja de Atocha. ¿Se va usted enterando?

—¡Ah! vamos, ya caigo. ¿De manera que nosotras le pagamos los carros de mudanza?

—No es eso, *señá Duviges*, y deje que me *especifique*.

—Bueno, siga usted.

—Los cambios son también el de la Cibeles y el de *Notuno*, que ahora están dos pulgadas más hacia la derecha y hacia la izquierda *respectivamente*.

—¡Claro! Como que estará escamado el tío del tendero desde que le salió á la otra aquel novio que, de buenas á primeras, y sin haber estado en relaciones siquiera cuatro ó cinco días, como hacen todos, le quiso dar un abrazo. Y gracias á que ella se echó un poco *pa* atrás, y acudió la pareja y...

—*Señá Duviges*, ¡por Dios! no saque usted á relucir trapillos de nadie y menos de novios, que las paredes oyen.

—¿Y á mí qué? ¿No estamos aquí hablando dos vecinas *cordialmente*, sin faltar á la Gramática, ni á nadie?

—Sí, eso está *perfectamente* en su lugar; pero volvamos á lo que estábamos.

—Tiene usted razón *señá Cotilde*. Siga *desenrollando* lo de los cambios.

—Pues bien: los cambios son, además, según me ha dicho mi marido—que sabe usted está bien enterado de los negocios *brasilites*—las Cubas.

—Bueno. ¿y qué?

—Pues casi nada, una friolera: un cambio *pa* usted.

—Siga usted, *señá Cotilde*, que esto me interesa mucho.

—El caso es... que no quisiera que se *llevaría* usted mal rato.

—Vamos, acabe usted, ¡por Dios!

—Pues mire: usted ya sabe que están *volviendo* los *repatados*, porque se ha acabado la guerra. Pues ahora el Gobierno suprime todas las cubas.

—¡Ay! ¡Por Dios! ¡Que me maree! ¡Socorro! ¡Agua! ¡Vinagre! ¡Yo me mue...!

Y la infeliz señora cayó desplomada sobre el pavimento.

Acudimos todos á prestarla auxilio por el momento. Al fin fué preciso conducirla á la Casa de Socorro.

Al volver en sí de su accidente, é interrogada por todos los allí presentes, resultó ser la esposa de un aguador.

PEDRO ENREDA

## Á LO QUE OBLIGARÁ LA MODA

Antes el rico orgulloso se elevaba hasta los cielos; hoy encuentra más gracioso arrastrarse por los suelos.

Mas ya se pasó el subir, y ahora se estila el bajar; ¿que podrá luego inventar para poderse lucir?

Tal vez la moda inconstante, en su afán de innovación, obligará al elegante á tirar de un carretón.

Y que para más primores y mayores maravillas, lleve macetas de flores y chinescas campanillas.

Ó la tierra desdeñando, por el alto firmamento vaya en un globo cruzando la inmensa región del viento.

Y en Madrid podrá almorzar, y en París podrá comer, y en Rusia podrá cenar, y luego al Prado volver.

Porque es, en verdad, la moda la más dulce tiranía: sujeta á la gente toda y cambia la noche en día.

Y tal vez nos mande en breve llevar quinqué por sombrero, en Diciembre tomar nieve y en Julio encender brasero.

## Apuntes de un loco.

Seguro estoy de que esta no es la primera vez que vivo en el mundo. Lo que no recuerdo es lo que he sido antes.

Mis simpatías por los sables me hacen sospechar que fui de caballería.

Yo nací contra toda mi voluntad; pongo por testigo al veterinario de mi pueblo.

El único disgusto que mi madre me ha dado es el de haberme parido.

Para el caso, nada probable, de mi muerte, tengo ya hecho testamento. Dejo una casa, próxima á hundirse, á mi suegra, con obligación de vivir en ella sin hacer reparos.

Mis dientes se los dejo á mi abuela.

Quiero que mi cadáver, si muero, se coloque en un globo y se abandone á los vientos, y que no se me ponga bajo tierra, como un hueso de aceituna.

Quiero que mi lápida fúnebre sea la siguiente:

¡Aquí yace un hombre tan simple como otro cualquiera; el mundo dijo que estaba loco porque salía en calzoncillos por la calle!

Cuando Luzbel cayó en tierra, se hizo hombre.

Ó lo que es lo mismo: el orgullo se hizo carne y se llamó hombre; se transformó en Hércules y César, y fué poeta y guardia de orde público, todo en una pieza.

Un amigo mío me llamó hombre de bien, y lo pasé de parte á parte con un florete; otro me llamó tunante, y le convidé á unos callos en el *Petit Fornos*. Obré de este modo por imitar á los *cuerdos*.

Esta gente que me rodea es muy divertida y tiene mucho juicio.

Sólo ese desgraciado que llaman *el médico*, me parece algo falto de seso.

Entre mis compañeros hay uno que dicen se ha vuelto loco á causa de un amor no correspondido.

Es un falso testimonio: no es loco, es un poco tonto.

Otro, un viejo, parece que se halla en igual estado, porque piensa á todas horas que va á morir.

El mundo es una gran casa de locos; entre los que andan por ahí fuera y los que estamos en este recinto hay una sola diferencia: nosotros estamos á *pupilo*, y ellos de *externos*.

## EFFECTOS DEL SABER

Los naturales de la Jamaica negaron á Cristóbal Colón los viveres que necesitaba; pero él, que tenía calculado un eclipse de luna, les dijo:

—Vais á sufrir el castigo de vuestra negativa: esta misma noche la luna os negará su luz, y esto solamente será el preludio de vuestros males, si os obstináis en no proveerme de los viveres que necesito.

Se verificó el anunciado eclipse, y, aterrorizadas aquellas gentes, acudieron solícitas con buenas y abundantes provisiones.

¡Cuántos terrores vanos se ahorraría el hombre si ignorase menos!

## PREGUNTA OPORTUNA

—Portera.

—¿Qué manda Ud.?

—¿No vive aquí un caballero que hace pocos días se ha muerto?

—No señor, en la casa de al lado.

—Muchas gracias.



## LA FIESTA DE SAN ANTÓN

También pudiera llamarse la fiesta semiyanqui.

Primero, por la *aproximación* de los sucesos.

Y segundo, porque la *personalidad* que bajo su protección tiene el Santo, según malas lenguas, es un yanqui de cuerpo entero.

Mas dejemos al Santo y al yanqui, y vamos á la fiesta, más ó menos *calificada*.

\*\*\*

La tarde estuvo á pedir de boca.

El «rubicundo Febo» echó el resto.

Mucha gente y mucho *pienso* á bendecir.

No recuerdo, y cuento algunos años, haber visto á San Antón y al *otro* tan favorecido por todas las clases sociales.

Y así se explica que pudieran lucirse, y se lucieran, unos y otros.

Quiero decir cabalgaduras y jinetes.

No confundir.

No faltaron tampoco las consabidas rosquillas del Santo y demás ambulancias al *detalle*: cacahuets, camarones, mojama y, en fin, cosas *llamativas*.

Porque, y es la *fetén*, sin tomar unas *limpias*, no vamos á ninguna parte.

Lo que más llamó mi atención fué un puesto extraño.

Paseaba yo, como curioso espectador, por el final de la calle de Hortaleza, fijándome solamente en los que subían y *viceversa*, cuando oí que un caballero preguntaba á otro, no mal portado este último; al menos llevaba gabán, aunque *algo* deteriorado:

—¿Qué tal va la venta?

—Muy *bien*. ¡Me parece que no me estrenó!

—Pero, hombre, tú estás loco. ¡Mira que venirte en estos tiempos con literaturas!

Al oír esto volví la cabeza y vi seis libros sobre un pañuelo que yacía en el suelo!

Los contemplé un momento, hice mi reflexión y continué mi paseo.

En efecto, el librero en pequeña *dosis* comprendo que estuviera loco; pero el otro debía de ser algo ignorante.

¡Ah! Me olvidaba decir que las tabernas, todas, del tránsito estuvieron concurridísimas, haciendo sus estaciones de parada y *copa* la caballería andante, con

Sanchos y rocinantes, que también los hubo en la *jornada*.

Y para complemento de estas *aventuras*, no faltó la correspondiente *Dulcinea*.

Ya de retorno á mi casa por la calle del Barco, noté que la Prevención había adquirido algunos *parroquianos*.

Resumen: que se verificó la fiesta de los irracionales con sinigual contento.

Somos los seres más felices de la tierra.

«..... Puede el baile continuar.»

*Burruchaga.*

¡Vaya un compromiso!

A MI QUERIDA ESPOSA

Si supiera tu madre

lo que te quiero,

te daba el pasaporte

para el infierno;

porque mi suegra,

las caricias que te hago.

ella quisiera.

Con intención *non sancta*

te da consejos,

que tú, infeliz, admites

sanos y *buchos*.

No los recibas,

que estos consejos pueden

labrar tu ruina.

En sus furtivos viajes

á mi morada

me tiende una sonrisa

que no me agrada;

porque esa risa,

aunque disimulada,

tiene malicia.

So pueriles pretextos

se mete en casa;

yo la miro impaciente,

con cara amarga.

¡A qué negarlo!...

yo no quiero á mi suegra:

lo digo y lo hago.

CHAPARTEGUI

Por juzgarla de gran utilidad para algunos de nuestros lectores, en este número inauguramos la sección siguiente, que continuaremos en los sucesivos, describiendo usos y costumbres de los diferentes países:

## NOCIONES DE GEOGRAFÍA

La extensión del globo terráqueo es de 510.000.000 de kilómetros cuadrados, cuyas dos terceras partes las ocupa el mar.

Los habitantes de este globo son, próximamente, 1.500.000.000.

La tierra se divide en cinco partes, que son: *Europa, Asia, África, América y Oceanía*.

El país en que nosotros vivimos forma parte de Europa, por lo cual somos *uropeos*.

Europa es la menos extensa de las cinco partes del mundo; pero es la más civilizada, la más poderosa y la más poblada, proporcionalmente á su extensión. La superficie de Europa es de 10.000.000 de kilómetros cuadrados, con 327.700.000 habitantes.

Asia es la parte mayor de la tierra, y produce cuanto puede necesitar el hombre, y objetos de gran valor, como son: drogas, perlas y diamantes.

Asia se extiende á 45.000.000 de kilómetros cuadrados. Su población es de 800.000.000 de habitantes.

África es la más cálida de las cinco partes del mundo.

Su centro está todavía habitado por pueblos salvajes, negros en su mayor parte.

La extensión del África es de 30.000.000 de kilómetros cuadrados.

El desierto de Sahara, en África, es el más grande que se conoce.

América es la parte del mundo más rica en minas de oro y plata. Sus costas están en muchos parajes pobladas por gentes cultas; en el interior hay todavía tribus salvajes.

La superficie de América es de 41.000.000 de kilómetros cuadrados, y tiene cerca de 100.000.000 de habitantes.

En América está el río más caudaloso del mundo, llamado de las Amazonas.

Oceanía es la parte del mundo menos civilizada, y está compuesta de miles de islas. Se calcula su extensión en 11.000.000 de kilómetros cuadrados, y su población en 30.000.000 de habitantes.

Cada una de las partes del mundo está subdividida en

Folleto de LA PORTERÍA

(1)

## EL PRISIONERO DE MARCEAU

EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

TRADUCIDO DEL INGLÉS

por

M. COLIS

I

En el anocheecer del 13 de Diciembre de 1793, un viajero colocado en la cúspide de la montaña; al pie de la cual corre el río Moine, cerca de la villa de Saint Crépin, hubiera sorprendido su vista un extraño espectáculo.

Espesas columnas de humo saliendo por los tejados y ventanas de las casas, seguidas de fieras lenguas de fuego, y entre el violáceo color de las llamas, el brillo de las armas. Una brigada republicana de mil doscientos hombres encontró la villa de Saint Crépin abandonada, incendiándola acto seguido. Una casa, que se hallaba completamente aislada, había sido respetada por las llamas. A la puerta estaban dos centinelas.

En el interior, sentado á una mesa, se encontraba un joven que no representaba más de veintidós años. Sus largos cabellos rubios adornaban su inteligente rostro, y su manto azul, que medio ocultaba su figura, dejaba ver las escarapelas de un General. Estaba trazando sobre un mapa la ruta que sus soldados debían seguir. Este hombre era el general Marceau.

—Alejandro—dijo volviéndose hacia su dormido compañero,—despierta; ha llegado una orden del general Wértermann;—y le alargó el despacho.

—¿Quién trajo esta orden?

—Delmar, el representante del pueblo.

—Está muy bien. ¿En dónde se reúnen esos pobres diablos?

—En un bosque distante legua y media de esta villa. Está aquí en el mapa.

—Se dieron las órdenes oportunas, y en un momento los grupos de soldados que se encontraban alrededor de la lumbré acudieron á formar cada uno en su puesto.

La línea de soldados descendió á la carretera que separa Saint Crépin de Montfaucon, y cuando algunos minutos después la luna pudo forzar el paso por entre dos nubes y cayó su luz sobre las largas líneas de bayonetas, se asemejaban á una inmensa serpiente negra con escamas de acero, huyendo hacia la obscuridad. En esta forma marcharon durante hora y media, yendo á su cabeza Marceau. El estudio que había hecho de las localidades le evitaban confundir su ruta, y después de un cuarto de hora más de marcha percibieron delante de ellos la negra espesura del bosque. Según las instrucciones recibidas, era allí donde los habitantes de algunas pequeñas aldeas, en compañía de gente armada, debían reunirse á oír misa aquella noche.

Los dos Generales separaron su pequeña tropa en diferentes secciones, con orden de rodear el bosque. Según avanzaron, notaron que la plazoleta que formaba el centro de la floresta estaba iluminado. Aproximándose más, distinguieron la luz que derramaban las antorchas, y á medida que los objetos se hicieron más perceptibles, una extraña escena sorprendió su vista.

Sobre un altar toscamente representado por piedras apiladas, se encontraba el cura de Sainte-Marie de Rhe cantando la misa; rodeábanle algunos ancianos empuñando antorchas, mientras que las mujeres y niños, arrodillados, oraban. Tras éstos se encontraba un considerable grupo de soldados realistas.

Era evidente que los realistas habían tomado sus precauciones. No temían ser atacados por considerarse seguros; pero por si esto ocurría, querían estar dispuestos para defender á sus congregantes. Todavía continuaba el cura celebrando la misa, cuando los republicanos dispararon la primera descarga.

Las luces se dirigieron al punto de donde había salido la descarga, que fué contestada por los realistas. Por un momento no se oyeron más que lamentos de dolor. El cura levantó su crucifijo y reinó el *uayor* silencio otra vez. Los republicanos avanzaron, disparando su segunda descarga, lo cual hizo comprender á los realistas que no había tiempo que perder. Se entabló una lucha cuerpo á cuerpo á la bayoneta, siendo toda la ventaja de los bien armados republicanos, lo cual, advertido por el cura, hizo éste una señal, y fueron apagadas las antorchas, quedando por consiguiente en la más completa obscuridad.

Entonces ocurrió una escena de desorden y de carnicería, en la que cada hombre atacaba con gran furia, muriendo sin compasión.

—¡Merced! ¡Merced!—se oyó decir con voz desfallecida á los pies de Marceau cuando iba á descargar un terrible golpe. Era un joven sin armas.

—¡Silveme, en el nombre de Dios!—gritó.

El General paró el golpe y arrastró al joven algunos pasos del puesto de la pelea; pero este cayó desmayado. Tal exceso de terror en un soldado, dejó estupefacto á Marceau, y le desabrochó para que respirase con más facilidad. Su prisionero era un joven. No había un momento que perder. Las órdenes de la Convención eran terminantes; todo realista cogido, con ó sin armas, cualquiera que fuese su sexo ó edad, debía morir en el cadalso. Colocó á la joven tras un árbol y corrió al lugar de la pelea. Entre los muertos reconoció un joven oficial republicano, cuyo cuerpo guardaba mucha relación con el de su prisionero. Pronto lo despojó de su casaca y sombrero, volviendo al lado de la joven. La frescura de la noche la había vuelto á la vida.

—¡Mi padre, mi padre!—fueron sus primeras palabras.—¡Lo he abandonado!

—¿Lo matarán, Mademoiselle Blanca?—dijo una voz tras del árbol.

—El Marqués de Beaulieu vive, está salvo.

La persona que dijo aquellas palabras desapareció como una sombra.

—¡Tomás, Tomás!—gritó la niña, extendiendo los brazos hacia el punto en que él había estado.

—¡Silencio! Una palabra puede denunciar á Ud.—dijo Marceau;—y yo deseo salvarla. Póngase esta casaca y sombrero y espere aquí.

Volvió á sus soldados, les dió orden de retirarse sobre Chollet, dejó á su compañero al frente y volvió donde su prisionero le esperaba.

Encontrándola en disposición de seguirle, se dirigieron hacia la carretera, en donde su asistente le esperaba con caballos. La joven montó en uno con toda la gracia de un consumado jinete. Tres cuartos de hora más tarde entraban galopando en Chollet. Marceau, con su pequeña escolta, se dirigió al hotel Sans Culotte, pidió dos habitaciones y acompañó á la joven á una de ellas, aconsejándola se tranquilizara y procurase conciliar el sueño para olvidar por un momento el espectáculo de aquella terrible noche.

Mientras ella dormía, Marceau buscaba los medios de salvarla.

Pensó en llevarla á Nantes, en donde vivía su madre. No la había visto hacia tres años, y parecía natu-



## ADVERTENCIA

en varios países ó regiones, cada uno con su nombre propio, como son: España, Italia, Francia, Portugal, Suiza, Alemania, Suecia y Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Rusia, Turquía Europea, Servia, Bulgaria, Rumania y la Grecia, en Europa.

Méjico, Perú, el Brasil, y los Estados Unidos, en América.

La Arabia, Anatolia, Persia, Siria, la India, China, la Tartaria, la Siberia, el Japón y el Cáucaso, en el Asia.

Egipto, Berberia, Guinea, Congo, Cafreria, Nubia, la Negricia, Abisinia y Hotentocia, en el Africa.

Las islas llamadas Sumatra, Jaba, Filipinas, Molucas, Borneo, Nueva Holanda, Marianas, Carolinas, Othaiti y Sandwich, en la Oceania.

## PENSAMIENTOS

Es una feliz desgracia el no tener hijos.

El amor es la ocupación de los desocupados.

Las leyes son como las telarañas: los insectos pequeños quedan prendidos en ellas, los grandes las rompen.

Los grandes conocimientos engendran las grandes dudas.

La mujer que ama á su marido y quiere á sus hijos, hace el ornamento de su casa, por fea que sea.

La más útil y más honrosa ciencia de la mujer es la del gobierno económico de su casa.

No hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada.

El ser orgulloso es el colmo de la ignorancia.

Solamente los que son despreciables, temen el ser despreciados.

El amor al lujo y á las riquezas es el origen de los mayores males.

La coquetería ahoga y destruye casi todas las virtudes, extingue la sensibilidad y conduce á los extravíos.

Una buena reputación vale más que las mayores riquezas.

## EPIGRAMA

Hallándose tan postrado  
en cama el sordo Pulido,  
por su voluntad pedido,  
fuéle un abate enviado.

—¿Cómo se encuentra?—al oído  
dijole el Padre al momento.

—En este instante, me encuentro,  
señor abate... *abatido*.

## Conocimientos útiles.

## SARAMPIÓN

Los primeros cuidados que exige, y que bastan muchas veces para hacerle desaparecer, consisten en sudar mucho el enfermo; darle bebidas refrigerantes y diluyentes, como suero y caldo de gallina y el reposo en una habitación donde debe mantenerse una temperatura moderada. La dieta y las precauciones contra el frío son también indispensables.

## LECTANCIA

El pecho debe presentarse al recién nacido veinticuatro horas después del parto. Es necesario habitar á los niños á cierta regularidad en las horas de su lactancia, porque el orden de las comidas, como todo el mundo sabe, facilita y asegura las digestiones. Cuatro ó cinco veces al día son las que debe darse el pecho á las criaturas, dejándolas mamar cada vez unos diez minutos.

La mejor leche es aquella que no es demasiado clara ni demasiado espesa. Su color debe presentar un ligero azulado.

Una nodriza, para ser buena, no debe pasar de 36 años; es necesario que tenga la boca fresca, el aliento bueno, y que no sea muy gruesa ni muy delgada, y debe tener los pechos bien destacados y con los pezones más largos que gruesos. En cuanto á su carácter, es necesario que sea dócil y paciente.

Todas estas circunstancias deben reunir también las madres que quieran criar á sus hijos.

## CÓLICOS

Para combatirlos tómense baños de agua y almidón en el bajo vientre, lavativas con aceite de almendras dulces, tazas de flor de malva y una cucharada de jarabe de adormideras cada cinco minutos, con dos gotas de láudano por cada vaso. Estos medicamentos dan excelentes resultados.

Cuando los cólicos son leves, se calman con cualquier bebida tónica, como el ajeno, el aguardiente de moras, etc.

## ERISPELA

El mejor tónico para esta enfermedad es el ácido fénico, empleado del modo siguiente:

Se lava la piel cuidadosamente con agua y jabón, y después con alcohol. Se aplica luego á la parte erisipelada y á su alrededor en la tensión de la palma de la mano, la solución de ácido fénico al 5 por 100, ó varias capas de gasa empapadas en soluciones al 3 ó 5 por 100, y se coloca encima un trozo grande de tela impermeable, sujetando todo ello con una venda de lienzo. El apósito necesita ser renovado á las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas, ó tan pronto como se seca.

Para los niños ó las personas de cutis finos, conviene usar soluciones más débiles.

Para dar más variedad á nuestro periódico, hemos creído oportuno traducir y publicar, en forma de folletín, una serie de episodios y dramas trágicos que tenemos en cartera, los cuales esperamos sean del agrado de nuestros lectores.

## El capataz de nuestro periódico

## VICENTE RAMOS

se encarga del reparto y venta de toda clase de periódicos.

## AVISOS

Carretas, núm. 7.—Tienda.

Imp. de V. Vela y López, Conchas, 4.—Madrid.

ral que solicitase una pequeña licencia. Cuando la aurora empezaba á romper, Marceau entraba en casa de Wertermann. Su petición fué concedida inmediatamente, pero era necesario que su licencia fuese firmada por Delmar. El General le prometió mandársela, y Marceau se machó á descansar algunos momentos.

Blanca y Marceau iban á sentarse á la mesa cuando apareció Delmar. Este era un agente de Robespierre, en cuyas manos era la guillotina más activa que inteligente.

—¡Ah!—dijo á Marceau,—con que desea Ud. abandonarnos ya, ciudadano. Sin embargo, Ud. trabajó anoche tan bien, que no puedo negarle nada. Mi único sentimiento es que el marqués de Beaulieu se salvase; yo había prometido á la Convención su cabeza. Blanca, pálida y rígida, se asemejaba á la estatua del terror. Marceau se colocó delante de ella.

—Sin embargo—replicó Delmar,—seguiremos su rastro. Aquí está vuestro permiso, partir cuando gustéis. Antes de separarnos beberemos por la salud de la República.

Y diciendo esto, se sentó al lado de Blanca. Cuando empezaban á sentirse más tranquilos sonó una descarga de mosquetería.

El General se levantó, dirigiéndose hacia sus armas; pero Delmar le detuvo.

—¿Qué descarga es esa?—preguntó Marceau.

—¡Oh, nada!—replicó Delmar.—El fusilamiento de los prisioneros de anoche.

Blanca se dejó escapar un grito de terror.

Delmar se volvió despacio y la miró.

—Esto es muy gracioso—dijo.—Si los soldados tiemblan, deberemos vestir de soldados á nuestras mujeres. Es verdad que Ud. es muy joven—dijo mirándola más detenidamente;—ya se acostumbrará con el tiempo.

—Nunca, nunca—exclamó Blanca,—sin soñarsiquiera lo peligroso que era para ella manifestar sus sentimientos delante de un testigo como Delmar.—Nunca me acostumbraré á esos horrores.

—¡Muchacho!—replicó Delmar, apoyando sus manos en los hombros de Blanca.—¿Ud. cree que una nación puede regenerarse sin derramar sangre? Escuche mi consejo; guarde sus reflexiones para Ud. mismo.

—Si alguna vez cae Ud. en manos de los realistas, le guardarán las mismas consideraciones que yo he guardado á sus soldados.

Y diciendo estas palabras, se marchó.

—Blanca—dijo Marceau,—si ese hombre hubiera de-

mostrado por algún gesto que la había reconocido á usted, le hubiera hecho saltar los sesos.

—¡Dios mío!—exclamó Blanca, ocultando su rostro entre las manos. Cuando pienso que mi padre puede caer en las manos de ese tigre. ¡Oh, oh! Es horrible.

—¡Se acabó la piedad en el mundo!

—¡No, no! ¡Perdón, perdón!—dijo volviéndose á Marceau.

—¿Quién tiene motivos para saber esto mejor que yo? En este momento anunciaron que los caballos estaban dispuestos.

—¡Partamos, en nombre del cielo!—dijo Blanca.—Hay sangre en el aire, que se respira aquí.

—Sí, marchemos—replicó Marceau.

Y salieron con dirección á la escalera.

## II

Marceau encontró á la puerta del hotel una escolta de treinta jinetes que el General en jefe le había enviado para que le acompañasen á Nantes.

Según galopaban por la carretera refirió Blanca su historia á Marceau: cómo habiendo muerto su madre siendo muy niña, su padre la había educado como á un muchacho, acostumbándola á dar largos paseos á caballo, lo cual la había servido muchísimo en aquella ocasión para acompañar á su padre.

Al terminar su relato empezaron á divisar entre la bruma las luces de Nantes. La pequeña tropa atravesó el Loire, y pocos momentos después, Marceau se encontraba en los brazos de su madre.

Pocas palabras bastaron para que su madre y hermanas se interesasen por su acompañante.

Tan pronto como Blanca manifestó el deseo de cambiar de traje, se disputaron las dos hermanas el honor de servirle de doncella.

Cuando Blanca apareció, Marceau quedó estupefacto ante aquel conjunto de gracia y hermosura.

En traje de hombre, no se había fijado en su perfecta belleza, aumentada con el traje de mujer. En verdad que ella había puesto todo su cuidado en arreglarse para parecer hermosa á Marceau, olvidando por algunos momentos, ante el espejo, los horrores de la guerra y la comprometida situación de su querido padre. El alma más inocente se siente coqueta cuando ama por vez primera.

Marceau no pudo pronunciar una palabra y Blanca sonrió satisfecha de su propia hermosura.

Por la noche fué á casa de Marceau el prometido de su hermana menor, siendo aquella casa la única quizás en Nantes donde todos sus habitantes fuesen completamente felices, pues en todas partes se derramaban abundantes lágrimas y la pena predominaba.

Desde aquel momento empezaba una nueva vida para Marceau y Blanca.

Marceau vió en Blanca la mujer que le haría feliz, y no es extraño que Blanca amase al hombre que le había salvado la vida. Unicamente cuando pensaba en su padre, sus ojos se inundaban de lágrimas, procurando Marceau consolarla y distraerla, refiriéndole su historia militar, según la cual, ingresó en la academia á los quince años, era Alférez á los diez y siete, Coronel á los diez y nueve y General á los veintinueve.

Nantes, en aquella época, era gobernado por Carrier. Por sus calles corría la sangre; y Carrier, que era para Robespierre, lo que la yena es para el tigre, y el chacal para el león, gozaba derramando sangre, muchas veces inocente.

Nadie disfrutaba de una reputación tan intachable como la de Marceau, y nadie se había atrevido á presentar una denuncia contra su madre y hermanas.

Llegó el día de la boda de sus hermanas. Entre las joyas que Marceau compró para regalar á Blanca, figuraba un magnífico collar de piedras preciosas, que ofreció á ésta.

Ella lo miró con toda la coquetería de una niña, pero cerró la caja con cierto desdén.

—Las joyas están de más en mi situación—dijo.—No puedo aceptar la ofrenda mientras mi padre, perseguido por todas partes, quizá no tenga un pedazo de pan que llevarse á la boca y acaso tenga por albergue alguna choza.

Marceau insistió inútilmente.

No quiso Blanca aceptar más que una flor encarnada artificial que había entre las joyas.

Como las iglesias estaban cerradas, la ceremonia tuvo lugar en la capilla del hotel.

A la puerta del hotel, una comisión de marineros esperaba á los novios.

Uno de aquéllos, cuyo rostro no era desconocido para Blanca, tenía en la mano dos *bouquets*: uno entregó á la novia y otro á Blanca.

—Tomás, ¿dónde está mi padre?—dijo Blanca palideciendo.

(Continuará).